

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

¿Pan y vino para todos? [¿Bread and wine for everyone?]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Sosa, Pablo
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-05-16 05:56:47
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155658

¿Pan y vino para todos?

Pablo Sosa

Si Jesús hubiera imaginado que el pan y el vino que compartió con sus discípulos la noche que lo arrestaron iba a provocar tantos problemas entre sus seguidores, seguramente habría pensado en alguna otra cosa para dejarles como recuerdo. (Es un decir... lo de "recuerdo"). Y sin embargo, ¿alguien se atrevería a asegurar que sus discípulos no hubiéramos tenido los mismos problemas con cualquier otra cosa? Porque evidentemente los problemas están en nosotros, no en el pan y el vino.

¿Qué parte de nosotros es la que provoca esos dramáticos desencuentros alrededor de algo tan intangible, tan indemostrable, como son las doctrinas y los dogmas? ¿Qué es lo que nos ha llevado durante siglos a pelearnos tan desafortadamente por un punto y una coma? ¿Qué nos impide ver la hiperinflación de nuestras discusiones, y el desdén por quien no piensa exactamente como nosotros, olvidándonos de que se trata, cuando menos, del proverbial prójimo de los mandamientos y las parábolas que tanto predicamos?



Es evidente que en la actualidad estamos experimentando una marcada tensión entre liturgia y espiritualidad, por una parte, y doctrina y dogma, por la otra. Pareciera que mientras la liturgia tiende a convertirse en un punto de convergencia entre los seres humanos, la doctrina y el dogma, aparecen como una línea divisoria trazada entre ellos, señalando divergencias que los alejan unos de otros. Tal vez sea porque la liturgia y la espiritualidad se basan en mitos, ritos, símbolos, es decir, elementos que por su propio carácter universal tienden a unir a las personas en general, mientras que la doctrina y los dogmas son algo así como las "señas particulares visibles" (para usar la expresión de nuestros antiguos documentos de identidad argentinos) que establecen, precisamente, la identidad de los cuerpos eclesiales.

Hay una sed de espiritualidad en la gente, que tal vez a veces se exprese de manera muy ambigua o equívoca, pero que en todo caso nos habla de las frustraciones y las esperanzas del ser humano en esta época tan compleja. Una ansiedad un tanto indefinida por encontrar recursos más allá de los disponibles materialmente que le permitan pisar suelo seguro por sí mismo, independientemente de los condicionamientos eclesíásticos. Una búsqueda de la fe *en serio*, sin los ingredientes dogmáticos que percibe como aliados a intereses extraños a la cuestión.

Todo eso se vuelca (dentro de una multitud de ámbitos diversos, algunos muy alejados de las iglesias) en rituales muy sentidos, relevantes, inclusivos, que tornan totalmente irrelevante (y antipática) la necesidad de las iglesias de establecer su propio “derecho de admisión y permanencia”, estipulando claramente lo que vale y lo que no, lo que se puede y lo que no, en definitiva, lo que es y lo que no es.

Es posible que no percibamos que los dogmas y doctrinas de nuestras tradiciones cristianas son herramientas pedagógicas valiosas con las que contamos para ayudar a reflexionar teológicamente sobre lo que está aconteciendo en el terreno de la liturgia y la espiritualidad en este momento. El interés del pueblo por “las cosas del espíritu” nos provee una oportunidad única de servirlo ofreciéndole estos frutos sazonados por el tiempo, si es que tenemos la humildad suficiente como para estar dispuestos a correr el riesgo de que sean cuestionados y aun rechazados. En cambio, nuestras iglesias, angustiadas por no perder identidad, por no volverse híbridas, sincréticas, o, lo que es peor, irrelevantes, parecen estar dedicadas a preservarlos intactos, quizá esperando poder exhibirlos orgullosamente algún día, cuando sean llamadas a dar cuenta de su fidelidad...



Empiezo a darme cuenta que estas líneas no van a poder superar el formato de una crónica casi periodística, porque todavía están calientes. Las ha generado un hecho real, vivido de cerca y con mucha intensidad. Y además, son tantas las preguntas y tan pocas las respuestas que la única posición aceptable necesariamente deberá estar lo más distante posible de la “palabra autorizada” o la “opinión experta”.



Todas estas cuestiones, (por cierto, no originales), me asaltaron (siento que esa es la expresión correcta) en ocasión de la 14° sesión anual del *Seminario de Formación Teológica*, una de las organizaciones más vitales del movimiento de comunidades eclesiales de base católicas de la Argentina, realizada en el mes de febrero pasado, en Gral. Roca, Río Negro, con la presencia, mayoritariamente

laica, de alrededor de 2.000 personas llegadas de los cuatro puntos cardinales del país y de algunos países vecinos.

Aunque el Seminario es básicamente católico romano, desde hace ya unos años su orientación es decididamente ecuménica. La relación se originó a través de contactos con el Movimiento Ecuménico por los Derechos Humanos a fines de los 80, y se ha ido ampliando e intensificando de un año a otro. Si bien la presencia del laicado evangélico todavía es mínima, en cambio es bastante destacada la participación de pastores y pastoras. Es así como, por ejemplo, el autor de estas líneas, pastor metodista, se ha encontrado en tres de los últimos encuentros anuales en la extraña pero fascinante posición de coordinar, junto con el equipo respectivo, la liturgia diaria de estas hermanas y hermanos católicos.

La elaboración de la liturgia del Seminario en Gral. Roca incluyó, por primera vez (al mejor estilo de la práctica del Consejo Mundial de Iglesias) un Taller previo de reflexión bíblica y teológica y de diseño de los distintos eventos celebrativos, con la participación de integrantes de comunidades de base de la mayor parte del país, representando variedad de edades, género, trasfondos culturales, etc. Precisamente en ese marco se eligió la multitudinaria misa de apertura del Seminario para realizar un gesto de unidad muy significativo: invitar formal y fraternalmente al grupo de pastores evangélicos presente a acercarse al altar, justamente antes de que los fieles se adelantaran a comulgar, para recibir la hostia y el vino junto con los obispos y demás sacerdotes celebrantes. El gesto, que provocó el estallido de la emocionada ovación del pueblo, fue avalado también por el beso y el abrazo de bienvenida de los obispos, y las palabras del guía, sencillas pero categóricas: “la mesa del Señor está abierta a todos”.

Por cierto, una acción semejante no se improvisa. Antes tuvieron lugar cuidadosas conversaciones (“lobby eclesiástico” dirían algunos) que fueron delineando la manera más clara y a la vez prudente de hacer concretos los deseos de acercamiento y comunión entre estas hermanas y hermanos que hace tiempo vienen sintiendo la necesidad de hacerlo. Cabe destacar que más allá de su carácter altamente emotivo y significativo, el gesto no satisfizo del todo a algunas hermanas y hermanos católicos que estimaron como impropio de parte de sus ministros “invitar” (como si fueran dueños de casa) a los hermanos evangélicos a ocupar un lugar que en realidad, en igualdad de condiciones, les pertenece por derecho propio, y deberían haber tenido desde el principio del acto. Pero el argumento justificativo sobre la necesidad de hacer visible y explícita la incorporación de la presencia evangélica a ese nivel, como un primer paso hacia la plena comunión, tranquilizó los ánimos.

Y todo esto hubiera dado lugar a una hermosa crónica sobre los avances ecuménicos, si no fuera porque un par de días más tarde, en una reunión de evaluación de la marcha del Seminario convocada por la comisión coordinadora,

una de las máximas autoridades eclesiásticas presente en la celebración, luego de haber reflexionado (y sobre todo, escuchado opiniones de colegas menos inclinados a lo ecuménico), alarmado, llamó la atención formalmente a los organizadores en el sentido de que actos semejantes son “señales equívocas”, que confunden a la “gente sencilla”, que no entiende y considera que todos los cristianos creemos lo mismo y podemos celebrar juntos sin problemas. Con lo cual, naturalmente, dada su posición jerárquica, arrojaba un balde de agua fría sobre cualquier otro intento de auténtica experiencia de celebración ecuménica, incluyendo la programada para clausurar el Seminario. Digo “auténtica” a falta de otro término para señalar la diferencia con las habituales celebraciones ecuménicas que son moneda corriente en el ámbito de las relaciones públicas intereclesiásticas, y cuyo valor no es mi intención menoscabar.

Lo cierto es que la amonestación jerárquica provocó variadas (y en algunos casos airadas) reacciones, entre las cuales, una de las más certeras fue la de una militante laica que se preguntaba si no es precisamente la gente “sencilla” la que sabe captar lo realmente importante en estos gestos de unidad, dejando de lado diferencias doctrinales que no sólo desconoce, sino que además tampoco le interesa conocer. A lo cual uno no podía menos que recordar las palabras de Jesús: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que escondiste de los sabios y entendidos” (Mateo 11:25).

El incidente me llevó a tomar la decisión (por cierto muy dolorosa) de retirarme del equipo de liturgia del Seminario antes de la celebración ecuménica final, con la intención de que el gesto pusiera en evidencia la imposibilidad de adorar juntos a Dios sin una aceptación mutua, libre de discriminaciones dogmáticas. La medida felizmente surtió efecto en primer lugar en la comisión coordinadora, que la avaló unánimemente. Efectivamente, resultó por demás reconfortante escuchar a sus miembros expresarse en términos muy maduros y solidarios, haciendo hincapié en el respeto a mi identidad protestante y a la iglesia a la que representaba como pastor.

La comisión solicitó además a la autoridad eclesiástica en cuestión que dialogara privadamente conmigo. La conversación tuvo lugar momentos antes de mi partida, cargada de la emoción de los momentos muy intensos, en un marco franco y fraternal, y eventualmente derivó en otras conversaciones positivas en el ámbito local. Percibí al dignatario y a mí mismo, como embretados por una estructura que se siente amenazada por iniciativas que escapan al encuadre de lo habitualmente permitido. En todo caso, acto seguido los organizadores tomaron una decisión insólita y valiente (como sólo puede darse en estos seminarios): *dejar la celebración final exclusivamente en manos de los laicos*. Una dura lección para nosotros los “ministros”. El pueblo protestando por la actitud de sus pastores y sacerdotes que, en su afán de “protegerlo” de contactos riesgosos, consolidan las causas de las divisiones.

Ningún ejemplo más claro que éste de cómo una doctrina puede ser utilizada para ejercer poder. Porque, efectivamente, en algún momento la doctrina se convierte en un instrumento de poder, concebido y manejado por grupos de poder, que aceptan o rechazan, perdonan o condenan, permiten o prohíben. Con ella “yo determino *con quien quiero* y *con quien no quiero* compartir mi fe.” El discurso oficial naturalmente dice: “Yo no puedo *-lamentablemente-* compartir mi fe contigo, porque no creemos lo mismo.” Y la doctrina se convierte así en un cerco con el cual yo me defiendo o al cual ataco, según de qué lado me encuentre circunstancialmente. En general son las iglesias en minoría las que se sienten llamadas a defender su identidad de “cristianos verdaderos”, y su doctrina “no contaminada”, y las iglesias mayoritarias las que atacan, negando siquiera categoría de iglesia a todas aquellas que no comparten sus dogmas.

Sucede que cuando los cristianos, de cualquier signo, estudiamos las doctrinas que sostienen el andamiaje de nuestra fe, generalmente no nos enteramos de los factores culturales, sociales o políticos que intervinieron en la gestación de tal o cual confesión de fe. Se nos dice simplemente, por ejemplo: los católicos romanos creen que el pan y el vino de la eucaristía se transforman *totalmente* en el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, y a eso le llaman *transubstanciación*; en cambio los luteranos creen que el pan y el vino son el cuerpo y la sangre de Cristo, pero a la vez siguen siendo pan y vino, y a eso le llaman *consubstanciación*; y por otro lado las iglesias de la reforma suiza (Calvino, Zwinglio, etc.) hablan del pan y el vino sólo figuradamente, como *símbolos* de la sangre y el cuerpo de Cristo. Y entre esas posiciones se ubica la multitud de doctrinas sostenidas firmemente por los cristianos de todo tipo, tiempo y lugar. Y eso es todo. Suficiente para que empecemos las discusiones, las mutuas exclusiones (parciales o totales), los acuerdos bilaterales, los tratados multisectoriales... Todo indudablemente de suma importancia para la realidad de la humanidad en estos dos mil años...

¿Por qué nadie nos cuenta qué trasfondos “mundanos” corresponden al enunciado de todas esas posiciones doctrinales tan definidas? ¿Qué había en la mente de esos señores que se reunían en concilios y se embarcaban en largas discusiones para establecer exactamente la correcta doctrina, y acto seguido declaraban herejes a todos los que no estuvieran de acuerdo con ellos? Seguramente habría mucha espiritualidad y ganas de enunciar y enseñar más claramente el mensaje del evangelio, evitando errores y desviaciones, pero, además, muchos prejuicios, intereses creados, rivalidades personales, es decir, todo eso que se enmarca en lo que la condición humana conoce como la lucha por el poder.

Dicen que en la Edad Media, cuando un obispo tenía problemas con alguna autoridad “civil”, contaba a su favor para contrarrestarla, en primer lugar, con la exclusividad de un espacio público, el púlpito. Desde allí podía hacer sus denuncias. Pero en caso de que éstas no surtieran efecto, tenía en sus manos el instrumento final de presión: el sacramento. Podía *ex-comulgar*, es decir, poner

a alguien fuera de la comunión con los demás cristianos negándole la eucaristía, con lo cual acarreaba sobre el sancionado como efecto secundario automático la marginación total de la sociedad.

Lo más triste es que los puntos de divergencia entre las distintas doctrinas son tan etéreos, que discutir sobre ellos es más o menos como imaginar figuras en los contornos de una nube. Cada uno ve la suya, y vale. Pero además, en cualquier momento sopla el viento y altera todo lo que hemos visto. ¿Cómo no comprendemos esto? ¿Cómo no escuchamos a la gente “sencilla” decir que las religiones no sirven porque dividen a la gente, en vez de unir las?

¿Cómo es posible, por ejemplo, que las iglesias de Oriente y las de Occidente se hayan separado en el siglo XI, provocando el gran cisma que dejó a la iglesia romana de un lado y las bizantinas del otro, simplemente porque no se pusieron de acuerdo sobre si el Espíritu Santo proviene del Padre y del Hijo o *solamente* del Padre? ¿Cómo pudieron hacer semejante cosa sin que a nadie se le cayera la cara de vergüenza? ¿O no era esa la verdadera razón para dividirse? Y si no lo era ¿por qué seguimos nosotros insistiendo *ahora* en una división que evidentemente responde a otros intereses? ¿Por qué seguimos haciéndole el juego a esos intereses, pero simulando no darnos cuenta? ¿No tendremos que revisar *todo* nuestro credo con criterios que incorporen estos factores?



Volviendo a la Eucaristía, ¿si dos mil años después de Cristo algunos seguimos insistiendo que el pan y el vino son *totalmente* su cuerpo y su sangre, mientras otros decimos que lo son sólo *parcialmente*, y otros *simbólicamente*, y todo esto nos importa hasta el punto de negarnos mutuamente la participación en la Eucaristía ¿cómo podemos pretender que la gente común, tan sabia en sus opiniones, nos tome en serio? “Es que no todo es lo mismo; la gente sencilla se confunde”, nos dicen. No, claro, no es exactamente lo mismo. Tampoco lo son nuestras historias, nuestras posiciones políticas, ideológicas, etc. Todo eso indudablemente no es lo mismo. Pero lo más importante, lo primero, el *espíritu*, sí, es lo mismo. Y la gente sencilla no se confunde en absoluto al respecto. Todo lo contrario, capta inmediatamente cuándo y de dónde sopla... y a quién perturba.

Y algo más es lo mismo: la *gente*. Sí, la gente sigue siendo gente, igual a sí misma, no importa de qué lado del cerco esté. Todos estamos hechos del mismo barro, y tenemos las mismas necesidades básicas. Y esas necesidades son siempre prioritarias. Es decir, están antes que cualquier otra consideración, aunque se trate de la más sacrosanta de las doctrinas.

¿Para qué nos sirven, entonces, los dogmas y doctrinas en la actualidad? Tal vez podríamos tratar de encontrar una respuesta fijándonos en lo que hace Jesús con ellas en su tiempo. Toma, por ejemplo, lo que ha de ser la doctrina más importante del judaísmo, el Sábado, día de reposo. Una doctrina que además de su

valor intrínsecamente religioso bien podría ser declarada “patrimonio de la humanidad” por su importancia como base para las conquistas sociales del mundo entero. ¿Y qué dice de ella? No la rechaza, por supuesto, pero cuando los doctores de la ley lo critican porque la infringe para realizar alguna actividad, aunque se trate de atender necesidades urgentes, aclara: “el Sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Marcos 2:27). Con toda sencillez, hace lo que a nosotros nos resulta tan difícil: pone las cosas en su lugar. Primero, la gente, después la doctrina.

El pueblo sigue dividido por las autoridades doctrinales que lo “protegen” de creencias erróneas. “No todo es igual”, dicen, y por supuesto quieren decir “y lo nuestro es mejor”. La doctrina es más importante que la gente. Jesús, como en tantos otros casos, invierte el orden. Lo cual no significa idealizar a la gente. Por cierto, tenemos conciencia de las muchas formas en que nos traiciona nuestra condición humana. Pero, precisamente para eso nos tiene que servir la doctrina, para limitar nuestro natural egocentrismo, para aplacar nuestra soberbia de saber distinguir lo correcto de lo que no lo es, y motivarnos a amar mejor al prójimo.

Eso es, la doctrina debería ayudarnos a implementar el amor. Ese sería un buen criterio para medir su validez. Deberíamos preguntarnos, “mis creencias, ¿me ayudan a amar a mi prójimo? ¿Me llaman a buscar para él, para ella, la vida plena que proclamó Jesús? ¿Hace posible que juntos demos testimonio del amor de Dios?” Si no es así, seguramente estamos en presencia de algo que ya hace rato dejó de servir a la misión para transformarse en aquello a lo cual nosotros debemos servir.



Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.